

I

Que no, hombre, que no, que lo dejo, que lo he dejado, que no hay más cáscaras, y que estoy más contento que Chupito. La gente me dice: ¿está usted jubilado, don Alfredo? No, señora, estoy *retirado*, que no es lo mismo. Si no se puede estar mejor, les digo. ¡Re-ti-ra-do! ¿A que suena bien?

Igual que si hubiera terminado la mili. Que no hice, la verdad, por hijo de viuda. Libre, que ya era hora, caramba, libre de levantarme cuando me dé la gana y no a las seis, como durante cincuenta años, que se dice pronto.

En este barrio y en esta casa se está de maravilla, ya lo ves. Antes era un dúplex, con una escalera que enlazaba los dos pisos. Los chavales crecieron, se casaron, y Maite y yo nos encontramos de repente con ocho habitaciones y tres cuartos de baño, y es lo que le dije yo: ¿Para qué queremos tanta casa, vamos a ver? El piso de abajo, que son ciento treinta y tantos metros cuadrados, se lo pasamos a Idoia, la mayor, que vive ahí con su marido y sus dos niños. O sea, mis nietos. Idoia es documentalista de Gómez Acebo y Pombo, un *holding* de abogados que tiene la sede en las Torres Kio. Mi hijo Alfredeco es informático, un alto cargo en una empresa que se llama Starling. Ainhoa, la pequeña, se ha tirado trece años en Los Ángeles haciendo diseño gráfico para la Warner. Que se quiso ir y que se quiso ir. Muy bien, pues vete, le dijimos, lo que tú digas, lo que tú elijas. Ahora acaba de volver y ha cogido una especie de buhardilla en Malasaña, que se ve que le gusta Malasaña, ya ves tú, y sigue en lo suyo.

¿Mi vida? Una vida cojonuda, hombre. A las doce me levanto yo tan ricamente. Me acuesto a la una o las dos de la noche, leyendo, charlando, o aquí en la terraza, mirando los árboles y las lu-

ces, escuchando ¿qué?, pues el silencio de esta calle, pensando en mis cosas, quieto, sin hacer nada, eso es lo que más me gusta. ¿Tú sabes la alegría que da imaginarte la maldita agenda de toda la vida, cuando aún estás medio dormido en la cama, y ver que no hay nada apuntado, que tienes todo el día para ti? Desayunar, leer la prensa, el paseíto de los cojones que me ha mandado el médico, que ya me sé yo de memoria la manzana de mi casa, vamos, es que puerta por puerta, y luego el aperitivo, un poco de tertulia, y luego comer, nunca demasiado porque mi querida y siempre bien ponderada es la cocinera de Gandhi, que no, Maite, joder, que es broma, y luego la siesta, pero nada de una cabezadita, no, no, no, unas siestas que cruje el sentido, de esas de pijama y orinal, como decía Cela, y luego al cine, porque yo voy al cine casi todas las tardes, me lo veo todo, aunque cada vez haya menos que ver, la verdad sea dicha.

Los sábados a mediodía, misa de una. O sea, aperitivo y tertulia a la una con Pepe Sacristán si está, y Bonilla que está casi siempre, y Resines, y a veces Rellán, en el bar de un hotelito de aquí cerca. En Marbella, tomar el sol y nadar y estar con los chicos, que ya no son tan chicos, que yo ya tengo cuatro nietos, Jerónimo se llama el más pequeño, como el jefe indio. En San Sebastián, chiquitear y pasear con mi siempre bien ponderada, y comer cada viernes con los amigos de la sociedad gastronómica. Es mi peña de toda la vida, los mismos con los que iba al colegio. Charlamos, comemos, cantamos y tocamos la guitarra.

Y jugamos al mus, por supuesto.

Mi carné de identidad es mi carné de mus. Lo mejor es la ne-grilla, lee:

«El poseedor de este documento está obligado a comunicar al contrario la superioridad que sobre él tiene en este arte».

Eso desconcierta un huevo.

Este carné me lo regaló un íntimo, José Mari Michelena, que se autotituló rector magnífico de la Universidad del Mus. Se lo enseñé un día al Rey y se partió el pecho. Y me invitó a una partida en la Zarzuela a través del marqués de Mondéjar. Dije que sí pero luego me achanté. No me veía yo jugando con el Rey, la verdad. O no me veía yo ganando al Rey, lo que prefieras.

Pues eso, hombre, que he colgado los hábitos. Acabé de rodar con Garci *Luz de domingo* en diciembre, que no fue precisamente un rodaje fácil, ya hablaremos, y estuve un buen tiempo dándole vueltas al asunto.

Calibré mucho lo que entrañaba la decisión de retirarme, de empezar a verlo todo desde fuera. En la vida, pensé, hay que saber llegar y saber irse. Se lo conté a mi siempre bien ponderada y lo entendió de maravilla.

Me miró a los ojos y me dijo:

«Olé».

«¿Olé?».

«Si es lo que tú sientes, adelante».

Tenía que planteárselo a ella, claro, porque Maite es mi 50 por ciento, mi modo de estar y de hacer. Cuarenta y siete años juntos, más otros cuatro de novios. Ella es mi prolongación y yo soy la suya. Dicho de otra manera: que sin ella yo hubiera sido un gilipollas. Pero un pedazo de gilipollas ¿eh? Tiene narices la cosa: yo, que me canso de todo, que he roto con un montón de gente, y llevo todos esos años con Maite igual que el primer día. Ni pequeños vaivenes. No, no, no. Bufidos, los que quieras, porque los dos tenemos un carácter fuertecico. Pero nada más. Y también tenía que decírselo porque los dos hemos vivido de esto. Pero somos ricos: tenemos lo que necesitamos. A mí no me hace falta comprarme un Mercedes. Me he comprado un Mini. Pues porque era el que más me gustaba. Enamoradísimo estoy de ese coche. Me parece que es la leche de bonito, ya lo verás, luego te lo enseño y nos vamos por ahí a dar una vuelta y a comer. ¿Tú eres culé? Es que, verás, te quiero llevar a un restaurante que está en el Bernabéu, en la misma grada, que se come un arroz de coña. Vamos, ahí se come el mejor arroz de Madrid, te lo digo yo.

¿Qué te decía? Que en marzo del año pasado anuncié mi retirada, eso.

Un gran amigo, el doctor Anciones, neurólogo, un genio, para mí que Marañón era una cosa igual, me preguntó por el asunto, lo de quitarme, y yo le dije: «Se me ha ido la pasión por mi oficio, doctor, así de claro. Y para hacer algo sin pasión es mejor no hacerlo», y me contestó lo mismo que Maite:

«Tienes toda la razón, Alfredo».

La pasión son las ganas, la ilusión, el disfrutar con el trabajo.

Se me ha ido la envidia sana, la que te da mecha. El otro día vi a Tommy Lee Jones, uno de mis actores favoritos, haciendo el poli retirado de *En el valle de Elah*. Extraordinaria película, de las mejores del año. Y Tommy Lee Jones estaba del carajo la vela. Tiempo atrás, yo veía una cosa como ésa y se me llevaban los demo-

nios, me decía: «Joder, qué bueno es este tío, yo quiero hacer algo así». O el actor alemán de *La vida de los otros*. Ésos son personajes y películas que me hubiera vuelto loco por hacer. Y ahora no. Qué raro, pensé. Se me acabó la envidia, las ganas. ¿Te parece triste? Pues no sé si es triste. Es así. Como lo que cantaba Serrat: «No es amarga la verdad, lo que no tiene es remedio».

Se cansa uno. Tener que preparar un papel, aprenderlo, estudiar el personaje, construirlo, matizarlo... La preparación que otros hacían delante del director y de sus compañeros yo me la trabajaba a fondo en casa. La colocación del cuerpo, la forma de moverme, de hablar... Claro, podías improvisar una cosa en un momento determinado, pero una interpretación no se improvisa, se piensa. Y siempre fijarse en todo, siempre. Todo lo que me rodeaba. Aprender de todo. Cuando el semáforo se ponía rojo yo no me quedaba mirando las musarañas, no, no. Miraba cómo caminaba éste, el gesto de aquel otro, y luego lo filtraba a mi aire... Muchos años de no parar. Pero es que de no parar ¿eh? Es que tú no sabes lo que era aquello, que es que no lo sabes. José Luis Cuerda me decía: «Alfredo, me gustaría estar dentro de tu cuerpo y de tu cabeza, y eso que de sólo verte ya me entra la fatiga». Así era yo entonces. Bueno, hasta hace poco. No paraba quieto. Pensando, moviéndome, ahora quiero hacer esto, ahora lo otro... Ya no. No, no fue por la enfermedad, qué va, eso ya está superado. Empezó antes. Lo de perder la pasión. En estos últimos años. Yo no he tenido otra pasión. ¿Si no hubiera sido actor?

Pues lo que te digo, un gilipollas hubiera sido. Un desgraciado.

¿Un martini? Yo preparo los mejores martinis del mundo, pregúntaselo a cualquiera. Mis martinis dejan huella. Y los mejores *gin-tonics*. No los bebo, apenas los bebo, porque el doctor Ancionnes me dijo que comiera y bebiera lo que quisiera, aunque sin pasarme con el alcohol destilado, pero me encanta prepararlos. Lo tengo todo en un cajón de la nevera: la ginebra, las copas, el vaso mezclador. Y tomo, algo tomo, pero sin abusar.

¿Tú también andas mal de la tensión? Yo tengo un remedio cojonudo, de los montes navarros. Es el antimartini. Uno te sube y el otro te baja. Agua de alpiste se llama. Eso, lo de los pajaricos. Apunta, que más sencillo no puede ser. Ocho cucharadas soperas de alpiste por cada litro de agua. Se las echas cuando rompa a hervir y que hierva durante ocho minutos. El ocho es la clave, pare-

ce. Lo dejas enfriar, a temperatura ambiente, lo cueles y te tomas un vaso al día, por la mañana. Cada mañana, eso sí. Es un remedio que pide constancia. Yo también prefiero el martini, nos ha jodido, pero esto es mano de santo. Ya me contarás.

Tú me dices: «Alfredo, si te vienen con un proyecto maravilloso... Ahora no, vale, de aquí a dos o tres años...». Nada, hombre, nada. Yo digo una cosa y la cumplo. También era un proyecto maravilloso *Luz de domingo*, una historia sensacional, y lo que acabó saliendo... en fin. Claro que me han venido con ofertas, pero ni que apareciera Spielberg en persona. Pobre Spielberg, menudo disgusto se iba a llevar. Aquí... no me tires de la lengua, que ya me la tiro yo solito. A ver cómo te lo explico. Es que no sólo tendría que ser cojonudo el guion, que tampoco suelen serlo. Y a estas alturas, que ya no me hace falta el dinero, yo sólo querría rodar guiones cojonudos.

Además, y eso es muy importante, tendría que trabajar con un equipo que tuviera verdadera ilusión por lo que hace. Querer hacer las cosas bien.

Y eso, ahora, no sobra. Más bien no, no sé qué piensas tú.

Yo me he hinchado de llevar películas sobre los hombros, ¿eh? Películas en las que el guion era un desastre, y el director era muy simpático pero otro desastre, y había que hacerlas, había que sacar aquello adelante como fuera. Mucha porquería he hecho yo, intentando dar lo mejor en cada toma, y también he hecho cosas que son la leche de buenas. Y he tenido reconocimiento, un reconocimiento impresionante, no me quejo, tampoco es por eso, no. Yo no estoy amargado, no te lo creas. Pienso que casi todo es un asco, que este país no tiene solución, que la tele no puedes ni verla, que toda esa basura habría que prohibirla por decreto, pero sigo encantado de la vida porque he tenido y tengo una vida maravillosa.

He recibido mucho, muchísimo cariño de la gente. Para parar dos carros.

Sin falsas modestias, porque no creo en la humildad. No creo en los artistas que van de humildes, eso es un cuento chino, hombre, la mayoría de las veces es una careta, es una manera de conseguir más halagos. A mí nadie me ha oído decir nunca esa frase horrorosa de muchos actores, cuando vas a su camerino después de la función y les felicitas por su trabajo y te contestan: «No, no

he estado bien. Si hubieras venido ayer...». Eso es espantoso, eso es casi un insulto. Yo sé cuándo he estado bien y digo: «Muchas gracias, lo sé». Porque lo sabes. Y si no he estado bien, que han sido pocas veces, les doy las gracias igualmente y hablo del tiempo, pero no me hago el humilde.

Digo siempre lo que pienso, ya lo verás. Y pienso que siempre hay una cosa que cada uno sabe hacer mucho mejor que todas las demás. Lo que yo hago mejor es actuar. Como actor soy muy bueno o era muy bueno. Y como persona tampoco estoy nada mal.

¿Por qué voy a esconder eso, si mi trabajo me ha costado?

Mi código siempre ha sido muy sencillo y muy claro: tratar de hacer mi trabajo lo mejor posible, abocarme en la familia y los amigos y no hacer la puñeta al prójimo. Manolo se inventó una frase cojonuda, de lo más grande que se ha dicho: «Amarás al prójimo como a ti mismo». A ver qué filósofo supera eso. Yo tengo un ángel de la guarda que se llama Pepe, y Dios es Manolo. Yo he hablado mucho con los dos, pero mucho. «Oye, Pepe, que no me has ayudado en esto, que no me has prevenido...». Es un decir, porque Pepe me ha prevenido de todo. Cuando las cosas me han ido mal es porque no le he hecho caso a Pepe. Y tengo que decir, y si no sería un desagradecido, que todo me ha ido muy bien gracias a Manolo. Sí, soy creyente en Manolo, y practicante de su doctrina, pero no de ir a misa cada domingo. Voy cuando me lo pide el cuerpo. Yo creo en Pepe y en Manolo, y creo que estamos enterrando los tres valores que para mí son fundamentales: amistad, familia y lealtad. Eso es lo básico. No hay respeto por casi nada, hay gritos y chulería y estupidez. Hoy sólo interesa el dinero y el poder, por eso hay tanta amargura y tanto reconcome y una tristeza tremenda por todos lados.

Lo de «Amar al prójimo como a ti mismo» empieza, que lo dice bien claro, por amarse a uno, por intentar mejorar cada día. Algo se consigue. Yo presumo de tener buena memoria, y cuando me acuesto paso revista a todo lo que he hecho. Una especie de diario visual. Cierro los ojos y veo tal calle, tal sitio, las caras de la mañana, las de la noche, la gente con la que he estado, y me digo: «¿Qué he hecho mal hoy? ¿Con quién no me he portado como Dios manda? ¿A quién le he soltado una barbaridad?». Porque yo soy muy manso y muy bravo al mismo tiempo. Tengo un genio endiablado, un pronto que me puede. Yo soy un toro de carril. Me po-

nen la muleta y entro. Si me la ponen una segunda vez y me engañan, también voy. Pero la tercera es imposible.

Sé que he de contenerme, y cada día que pasa lo consigo un poco más, aunque no del todo. Me digo que tendría que ser más flexible, más tolerante. Pensar antes de actuar, porque las cosas y la gente no suelen ser o blancas o negras. Y es difícil, es difícil, coño. No tengo mucha facilidad para perdonar.

Y a menudo los enemigos vienen solos, no te los haces.

Tú dices que lo que yo tenía que demostrar ya lo he demostrado, estoy de acuerdo. Estoy cumplido. Toda mi vida ha sido un reto detrás de otro, y ahora en el cine español que se hace no veo retos que me exciten, que me seduzcan. Cosa de la edad, quizá. Es que la edad incluye también a los grandes, grandísimos actores que yo he conocido. Eso se acabó.

Yo vengo de un mundo que ya no existe. No volverá a haber gente como Somoza o Bódalo o la familia Gutiérrez Caba, pongo por caso. Ni las Muñoz Sampedro. Ni... bah, haríamos una lista y sería empezar y no acabar. Ya irán saliendo.

Ahora lo que más abunda son esos chavales que creen que el ritmo es hablar rápido y con una patata en la boca. Han confundido la naturalidad con correr mucho y no hacer pausas, ni puntos ni comas ni nada. No matizan. Es muy difícil colocar bien y con verdad. Lo fácil es lo contrario, hacerlo corridito y farfullar. El instrumento más importante del actor es la voz, el lenguaje. La e-nun-cia-ción. La enunciación es lo que mueve el cuerpo y mueve el personaje.

Pues mira, igual va a ser que no me apetece hacer películas con chicos que hablan rápido y mal. Que no comunican, lo siento mucho. Para mí, el objetivo fundamental del actor es comunicar al público lo que está interpretando. Es que no hay otro, vamos. Si lo consigue es bueno, si no lo consigue es un camelo. Y camelos cada vez veo más.

Luego echas cuentas. ¿Echamos cuentas? Veinte millones de espectadores ha perdido el cine español en el último año, no me lo invento. Te dicen que si las descargas de Internet, que si el *top man-ta*. Hombre, eso influye, claro que influye, un montón. Pero no todo el mundo tiene Internet, ¿eh?

Es muy fácil echarle la culpa al empedrado.

Para que entiendas por qué he perdido la ilusión te voy a contar cómo funciona el cine español. Aquí lo dice, en el periódico de hoy: «El beneficio industrial para el productor de una película es de un 15 por ciento declarado, con independencia de que llegue o no llegue a estrenarse en salas comerciales o de lo que recaude en ellas». Ésa es la madre del cordero, lo de la *independencia*. Tiene huevos lo de la independencia. En plata: que les da igual la película, porque el negocio ya lo han hecho. Cualquiera puede ser productor hoy día. Una película española digamos media cuesta alrededor de un millón y medio de euros. Luego, claro, están las que superan eso. *El orfanato* creo que costó cuatro y medio, y si va al mercado internacional ni te digo: *Los otros* se puso en diecisiete o dieciocho.

Pero hablemos de las «normales». Tú presentas tu proyecto a una comisión. Con un poco de suerte y algún que otro contacto, lo más seguro es que te lo aprueben. Luego te vas al ICAA* y sabes que te puede caer una subvención que te cubre el 33 por ciento del presupuesto a condición de que recuperes en taquilla trescientos mil euros, unos cincuenta millones de pesetas. Esto vale tanto para una superproducción como para una película medianeja. No tiene sentido, pero es así. Naturalmente, hinchas la burra todo lo que puedes. Tantos exteriores, una carrera de coches, tres helicópteros, ese actor que arrasa porque está en una serie y que luego, claro, no hará la película porque sigue estando en la serie, en fin, metes en el plan todas las locuras que se te ocurran.

Luego vas a las cadenas de televisión, de las que te pueden caer cuatrocientos mil euros, pongamos. Ahora los productores son ellos, sin las cadenas no puedes hacer nada, porque están obligadas por narices a meter el 5 por ciento de su facturación en un fondo de ayuda al cine español. Muy santo y muy bueno, pero esto no quiere decir que luego emitan las películas, porque saben que no las va a ver ni Cristo bendito, o sea que su interés en el asunto es nulo o tirando a nulo.

Si la película sale mala, qué se le va a hacer. Y si sale buena la echan a las tantísimas, porque salgan como salgan no creen en ellas,

* ICAA: Instituto de la Cinematografía y las Artes Audiovisuales, dependiente del Ministerio de Cultura.

prefieren poner *Escenas de matrimonio* o cosas de esas en las que grita todo quisque.

¡Si a mí me han llegado a decir que prefieren emitir lo de Teletienda, que tiene más audiencia! Cualquiera cosa tiene más audiencia que una película española. Meten el dinero ahí porque les obliga la ley, como lo meterían en una fábrica de chorizos, con la diferencia de que con lo de los chorizos pueden perder. Al principio, las cadenas producían directamente películas basadas en series suyas, pero acabaron comiéndoselas entre pan. Lo que sí empiezan a hacer ahora es concentrar ese presupuesto en una película grande, como *Alatriste*, en vez de diversificarlo, que tampoco es mala idea, mejor una cosa potente que veinte cositas.

Bueno, pues supongamos que has conseguido dinero de las cadenas, y de los distribuidores, de los que con suerte puedes sacar unos trescientos mil más. Cuando han aprobado tu proyecto y has levantado la producción, te dan el cartón de rodaje. Vas al ICO*, presentas tus cuentas del Gran Capitán y te dan un crédito a un interés bajísimo. Si normalmente es del 15 por ciento, allí lo consigues por un 2 por ciento. Ruedas la película y estrenas. Estamos en las mismas, tampoco hay que ser un lince para darse cuenta de que la mayor parte de las películas españolas no duran ni dos semanas en cartel. Razones, las que quieras. Que si los exhibidores prefieren el cine americano y le dan al cine español las peores fechas y muy pocas salas, que si los productores no las promocionan...

O simplemente que el público no va porque no le interesa un grijo lo que le cuentan. Tú te preguntarás: ¿cómo llegas a recaudar en dos semanas esos trescientos mil euros de taquilla para recuperar el 33 por ciento del presupuesto? Pues es muy fácil, aunque haya gente que no se lo crea: comprando las entradas.

Que sí, hombre, que sí, que la mitad de los productores las compran. La tira de entradas compran. Hombre, evidentemente no van al Capitol y le dicen a la taquillera: «Póngame una ristra que aquí traigo diez millones».

Tienen sus canales, sus contactos con los exhibidores.

En España hay cinco mil cines, que a este paso pronto se quedarán en la mitad o menos, y se organiza un red de compra de buta-

* ICO: Instituto de Crédito Oficial.

cas, en Oviedo, en Carcagente y en Villanueva de la Jurisdicción, qué sé yo. Hacerse, no sé exactamente cómo se hace, pero vaya, ellos mismos me lo han contado, es práctica habitualísima. Un negocio redondo. Y lo acojonante es que ni aun así despega el sector. Las televisiones, con lo del 5 por ciento, invirtieron el año pasado ochocientos millones para reactivar el cine español. ¿Cómo se explica entonces que no despegue, que no se capitalicen las empresas productoras?

Es que no se explica.

Todo esto que te cuento antes no existía. Para mí, todo empezó a fastidiarse con la famosa Ley Miró. Creó unas comisiones que repartían los cartones de rodaje entre sus amigos. Y los productores de la vieja escuela, que eran los que hacían más películas, se quedaron fuera del reparto. Ya, ya, ya sé lo que me vas a decir. Que antes tampoco era gloria bendita. Claro que no, no me chupo yo el dedo. Llevo la tira en esta profesión, y pícaresca y mangantes ha habido siempre, y hecha la ley hecha la trampa. Existían las subvenciones oficiales y quien más piaba más sacaba, y se rodaba más cine español, pero se hacían películas de chichinabo para conseguir licencias de importación y de doblaje, lo que quieras, y todos las hemos hecho porque había que comer.

Pero también había unos señores, individuos, no colectivos, a los que les gustaba el cine y se jugaban el dinero. Estaban los que producían mierda, de acuerdo, y cinco, diez, quince personas que creían en sus productos y arriesgaban y los apoyaban porque querían hacer las cosas bien. Las promocionaban con toda su alma. Si la película funcionaba, ganaban; si no, perdían la camisa. Ése era el juego. Ahora todo eso da igual. Hoy día no se hace una película que pueda perder, pongamos, ni un 10 por ciento.

Ya no existe gente como Emiliano Piedra. O como Alfredo Matas, que era productor, distribuidor y exhibidor.

Antes una película tenía más vida. Se podía amortizar porque pasaba de estreno a reestreno, luego a reestreno preferente, luego a programa doble... Ahora la mayoría van directamente a las estanterías de los videoclubes o como se llamen ahora. Ya sé que todo eso ha muerto porque las cosas cambian y no hay tu tía, pero hay algunas cosas que podrían, creo yo, encauzarse.

En Francia, por lo que yo sé, es distinto. Es un gran modelo que no se ha estudiado lo bastante. El cine francés es de los más protegidos de Europa, pero en el buen sentido: han logrado crear

grandes éxitos de consumo propio, que rara vez llegan aquí, por cierto, aunque eso les importa un pimiento mientras cubran su mercado. Los franceses van a ver cine americano, desde luego, pero muchísimo cine francés, porque su industria ha sabido crear un *star system*. Aquí llega el amigo Harry Potter y copa quinientas salas. Tal como están las cosas, contra eso es imposible competir. Pero allí tienen una ley cojonuda, amigo, que les dice a los exhibidores: subtitulen ustedes una serie de copias y si quieren hacer más en versión doblada para que vaya más gente, o sea, compitiendo directamente con el cine francés, tienen que dar un dinero que va a parar al fondo de protección. Aquí ya veríamos cómo se tomaban eso los exhibidores, que ahora dicen que prefieren programar cine europeo antes que español para cubrir la cuota, pero para eso digo yo que está el Ministerio de Cultura, para dictar leyes y hacer que se cumplan, ¿no?

Pues eso es lo que pasa con el cine español, y ya te digo que me lo veo todo, y si hay una película buena, interesante, bien hecha, entre cincuenta que son más malas que la carne de pescuezo, la has de buscar con lupa. No me hacen gracia las pretendidamente cómicas ni me emocionan las serias.

Quizá sea problema mío, lo reconozco. Tú eres más optimista que yo.

II

Bueno, basta de quejarse y vamos al tajo, que para eso has venido. Mira esta foto. Ahí empieza todo, o casi todo. Esa señora estu-penda y ese criajo tan serio somos mi madre y yo, en Aribe. Un pue-blecico del Pirineo, en el valle de Aezcua. Esa foto habla. Explica muchas cosas. Primero, que mi madre, Emilia Areta Labiano, era muy guapa, eso salta a la vista. Segundo, fíjate que estoy agarrado a su brazo, lo que se dice pegado a sus faldas. Hijo único. Yo debo de tener ahí 3 años, porque acababa de empezar la guerra. Hay mu-chos treses en mi vida. Nazco el tres del tres del treinta y tres, a las tres de la mañana. En Pamplona, en la calle San Antón, 42, cuarto derecha. A la sombra de la iglesia de San Nicolás, como quien dice. Tengo tres hijos. Y ya has visto, estamos en el tercer piso del nú-mero tres de la calle Comandante Franco, el aviador. Y debuto en el cine con *Atraco a las tres*.

Cuando estalla la guerra, mi padre, que era entonces teniente de la Guardia Civil, se une al bando nacional y se marcha al fren-te, y mi madre me saca del parvulario, en el colegio Navas de To-losa, y me lleva a la montaña, al valle de Aribe, justo al lado de la frontera francesa, y estamos los dos ahí hasta el treinta y nueve. De la guerra no recuerdo absolutamente nada, pero sí que mi madre olía a un perfume que se llamaba Maderas de Oriente.

Mi madre era una mujer excepcional, ya irás viendo por qué. Navarra de pura cepa. La quintaesencia de lo navarro. Ah, por su-puesto que creo en eso. ¡Orgullo de estirpe! Yo, ante todo y por en-cima de todo, soy navarro. Eso es un carácter, amigo. Ser navarro es ser noble, ser leal, ir siempre de frente. Nobleza y coraje. ¡So-mos el pueblo más antiguo de España, los primeros pobladores! Y con reyes, Maite, con reyes, no como otros. Seguro que por al-

gún lado anda alguien que se considera el máximo exponente del navarrismo, pero seguro que no es igual que mi madre. Todos mis antecedentes, tanto paternos como maternos, son navarros. Mi padre era navarrísimo también, de Roncal. Mi abuela materna, doña Agapita Labiano, era de Urroz. Mi abuelo materno, don Gerardo Areta Otamendi, nació en La Rochapea, en el mismo centro de Pamplona. Empezó vendiendo hortalizas, se puso al frente de una fábrica de curtidos y acabó construyendo el Frontón de la Mañueta, que echaron abajo hará más de... ¿cuántos años hará?, pues cuarenta ya, ahora que lo pienso. Y mi madre, de cría, cortaba entradas en el Frontón.

Don Gerardo era un hombre de empeño, como decían antes.

¡El primer contribuyente de Pamplona! Yo no llegué a conocerle, porque a los 45 decidió retirarse para vivir de la renta y tuvo la mala pata de morirse al año, pero toda la familia decía que yo me parezco muchísimo a él. Pero que muchísimo.

Mi padre se llamaba Alfredo. Nunca me puso la mano encima. Mi madre, en cambio, me las daba todas en el mismo lado. A mi padre le bastaba una mirada para dejarme clavado en el sitio. Yo quería mucho más a mi madre que a mi padre. Eso es lo que cuenta esa foto. Con él nunca tuve una relación cercana, no sé por qué, todavía no lo sé. Es una de esas cosas que te quedan dentro. Con el paso del tiempo sentí mucho no haber tenido un contacto más estrecho. Tantas veces he pensado que aquella distancia no la debí yo consentir... Pero entonces no era consciente, no me daba cuenta.

Ahí ocurrió algo que... Quizá yo intuía que la relación entre mi padre y mi madre no era la ideal, sabes. Tal vez eso hizo que me fuera separando de él y él de mí. Además, le veía poco. Yo sabía muy pocas cosas de mi padre. Mientras vivió nunca supe la huella que le había dejado la guerra, por ejemplo. Ni lo mucho que le pesaba su profesión. Era una vida jodidamente dura, y más en aquellos años. Siempre de un lado para otro. Llevaba muy mal los traslados. Acostumbrarse a un sitio, hacer amigos, echar unas pocas raíces, y al año siguiente te lo cambiaban todo.

Mi padre había empezado a estudiar ingeniería industrial y lo dejó. No era lo suyo. ¿Qué era lo suyo? Tampoco lo sé. Entró en la Guardia Civil, pero se pasó media vida arrestado. Por no tragar cuando no había que tragar. Era el tío menos militar del mundo.

Para mí que de la cosa militar lo único que le gustaba era el uniforme. Eso no quita para que cuando tocaba cumpliera como el que más. Debí de ser un fuera de serie por el recuerdo que dejó en todos sus compañeros. Era muy amigo de sus amigos, otra característica del navarro, ¿ves? La familia y los amigos ante todo. Años después me los fui encontrando, los compañeros del frente, los de su trabajo, y fui recomponiendo un poco su figura. Todos hablaban maravillas de él, le adoraban. Yo creo que mi padre tuvo cualidades extraordinarias que entonces no supe apreciar.

En el treinta y nueve vuelve mi padre del frente y nos vamos a vivir a Burguete, y casi en seguida a Vera del Bidasoa y luego lo destinan a Puigcerdà, ascendido a capitán cajero. A mí se me hunde el mundo.

Me partió el alma tener que marcharnos allá. Hasta entonces ni guerra ni nada: mi infancia había sido estupenda. Mi madre y yo, solos en Arike.

La gloria bendita, y de repente me llevan a la estación de Pamplona, estamos en la sala de espera, a punto de tomar el tren, y yo rompo a llorar como un condenado. Cómo sería que un señor le dijo a mi madre: «Un crío que llora con tanta fuerza, con tanto sentimiento, seguro que llegará lejos en esta vida». Ni le escuché, claro. Eso me lo contó ella luego. Pero me esperaban otros seis años cojonudos. Bueno, casi: ocho meses en Puigcerdà y cuatro años y medio en Figueras. La verdad es que aquello no era tan distinto de Arike.

En Puigcerdà también había montañas, y parecía un pueblo navarro, mitad navarro mitad francés. Era la posguerra pura y dura, pero no había miseria. Todo estaba limpio, ordenado. Y Figueras fue otra gloria. Vivíamos en una casa maravillosa en la plaza Triangular. Mi padre nunca quiso vivir en las casas cuartel. Decía, y con razón, que eran como cárceles, que allí te controlaba todo el mundo, y mi madre estaba completamente de acuerdo.

Me compraron una bicicleta para ir al colegio, y el colegio se convirtió en mi segunda casa. El colegio de los Fosos. Hermanos de las Escuelas Cristianas, los de La Salle, los del barberito. Era una alegría enorme ir allí cada mañana porque iba a encontrarme con mis amigos, mis primeros amigos. Aprendí catalán en un vuelo. Para mí fue la cosa más normal del mundo: yo quería hablar con ellos,

y ellos no hablaban otra cosa. Todavía me sé *El Virolai* entero, el himno de la Virgen de Montserrat. *Rosa d'abril, morena de la serra, de Montserrat estel, il·lumineu la catalana terra**... Y con buen acento, ¿a que sí? Y un trabalenguas que decía: *Tinc cinc fills títics i prims, i amics íntims, vint-i-cinc***. Fueron las primeras cosas que aprendí. La memoria es una de las cosas más raras del mundo. Mira si tiene narices que me siga acordando yo, por ejemplo, de la alineación del Figueras de entonces: Pasqual, Jordà, Fabregó; Millà, Padilla, Maderñ; Valls, Morral, Sala, Sol y Grau. Los once, uno tras otro. ¿Qué te parece?

Me acuerdo de todo eso y, por supuesto, de mis primeras frases en un escenario. En Figueras hice mi debut como actor, a los 9 o 10 años. Bueno, esto es una coña, pero también tiene su importancia. Todo deja su poso, todo cuenta. En el colegio de los Fosos daban siempre la clásica función de fin de curso. Aquellas comedias de la Galería Salesiana, arregladas para que todos fueran personajes masculinos. Si salía una tal doña Julia, allí se convertía en don Julio. Yo hacía el papel de un niño llamado Pepito. Por unanimidad me eligieron para ser el tal Pepito.

La obra en cuestión se llamaba *Mi tío de Buenos Aires*. No tengo ni pajolera idea de qué iba aquello, pero recuerdo perfectamente mis cuatro frases: «No quiero, no quiero», «Tú no eres mi papá», «¿A qué papá, a éste o al mío?», y la última, que era: «¡Ah! A aquél, sí». Fueron cuatro trallazos de risa. Que me verían gracioso, digo yo, porque me dieron una ovación del carajo la vela.

Pero la vocación no se me despertó ahí. Eso fue unos años más tarde.

En febrero de 1944 yo estaba haciendo primero de bachiller. Llevaba medio curso cuando me llaman al despacho del director para decirme que me iban a aprobar por anticipado. Yo no entendía nada, aunque la explicación era sencilla: a mi padre habían vuelto a trasladarle. En cuatro días tenía que presentarse en Madrid, en la comandancia de la calle Vallehermoso.

* «Rosa de abril, morena de la sierra, de Montserrat estrella: iluminad la catalana tierra...».

** «Tengo cinco hijos títicos y flacos, y amigos íntimos, veinticinco».

Otra vez en danza y otro drama: despedirme de todos mis amigos. Tardé cincuenta años en volver a verles. En 1989 fui al programa de Ángel Casas, en la televisión catalana, y desde allí les mandé un saludo. Al día siguiente me telefoneó Marià Llorca, el alcalde de Figueras, para pedirme que diera el pregón de las fiestas de la Santa Creu. Lo escribí yo mismo y dije un tercio en catalán, que no fue fácil. La gran sorpresa fue encontrarme con mis compañeros de clase. Allí estaban todos, los cuarenta. Me dieron un banquete extraordinario en Port de la Selva y me regalaron un libro con sus firmas. Cuando un navarro hace amigos, le duran para siempre.

Mi llegada a Madrid fue una decepción. Decepción y agobio. Venía yo tan suelto, tan de ir en bici todo el día, tan de bosque y de calma, y de repente Atocha, y aquel calorazo, porque llegamos en pleno agosto, y las torrenteras de coches, tranvías, camiones, y el estruendo que no paraba, y vigilar los semáforos, los cruces, tener que mirar a todos lados, caminar como pisando huevos. Me parecía a mí aquello una cárcel muy grande y muy abarrotada. Dentro y a un lado había otra cárcel mucho más pequeña, una pensión siniestra, en la calle Marlasca, habitación con derecho a cocina, pero escapamos de allí muy pronto. Nos albergó doña Paca, una bendición de mujer, en la calle Mayor número 68, delante del Ayuntamiento y la plaza de la Villa. Doña Paca tenía un piso muy grande, con pasillos enormes, y nos alquiló tres habitaciones. Respiré, aunque sabía que tampoco aquello era mi casa, entiendes, porque yo era un crío pero empezaba a darme cuenta de que las casas durarían lo que tenían que durar. Pensaba siempre eso, al principio, y luego me acostumbraba, y ya lo veía todo con otros ojos. Y de qué manera.

Siempre era lo mismo, llorar al llegar y llorar al irme. Esa primera estancia en Madrid duró justico dos años, pero cuando destinaron a mi padre a Fuenterrabía con el empleo de comandante también me tuvieron que sacar a rastras. De vuelta, cada vez que oía por la radio la sintonía del parte de las dos y media, venga a llorar. Para mí el parte era Madrid, era como un chotis.

Tú te acuerdas, porque ya vas teniendo una edad, pero los más jóvenes no sabrán que el parte era el diario hablado de Radio Nacional. Se llamaba así desde la guerra, y así lo siguió llamando mucha gente hasta bien entrados los setenta.

Madrid me captó en seguida, como dicen que captan a los de una secta.

Me convertí en un madrileño más. Mi patio de juegos era la plaza de la Armería. Fútbol a todo trapo, porque de eso estaban hechos aquellos balones: trapos y piedras. Estudié segundo y tercero de bachillerato en los escolapios de la Cuesta de la Vega, en la misma acera de Capitanía General, pasado Bailén. Íbamos todos los días a escuchar misa en una pequeña capilla que luego se convertiría en ese horror, la catedral de la Almudena.

En 1945 me dijeron que se había acabado la guerra. Por lo visto había otra guerra, fuera. Ese mismo año pasó algo mucho más importante, que ilustra muy bien el carácter de mi padre. Una tarde llegó a casa pálido, descompuesto, y no era por el calor.

Le habían nombrado jefe de un pelotón de fusilamiento. Y él dijo que lo sentía mucho, pero que no iba a mandar una ejecución.

«Yo no digo “¡fuego!”. Yo no mato a nadie», decía.

Además había indagado, por lo visto, en la causa de aquella condena y no le parecía justa. «Eres militar —repetía mi madre—, no puedes desobedecer una orden, te meterán preso».

«Pues que me metan. No mando el pelotón y no lo mando».

Y no lo mandó, y le metieron preso. Seis meses estuvo en un castillo.

Al salir dijo que se sentía muy orgulloso, que si volvían a ordenarle otra barbaridad como ésa volvería a hacer lo mismo. Navarro, navarro puro. Yo tenía 12 años entonces, estaba haciendo segundo de bachiller. No entendí el calado de ese acto hasta mucho después. Pero me reafirmó en la convicción de que mi padre era un tío como había pocos.

Volvimos, pues, a Fuenterrabía, y allí se quedaron mis padres.

«¿Cómo que os quedáis? ¿Y yo qué hago?».

«Tú te vas a Pamplona, Alfredo, a casa de la tía Maricruz».

¿Por qué, por qué? Mi padre, que tan en contra estaba de toda autoridad, se había emperrado en que yo volviera a estudiar en el colegio de mi infancia, los maristas de Navas de Tolosa, porque allí había más disciplina. Gran desastre: era la primera vez que mi madre y yo nos separábamos. Acepté mi destino de mártir como el propio san Tarsicio, porque yo era un niño muy bueno, un santito, tanto que los maristas me consideraban un firme candidato

a vestir los hábitos. No me veía yo ensotanoado, pero cumplía las liturgias que daba gusto verme. La Adoración Nocturna, por ejemplo. Turno 29, para más señas. Eso quería decir que pasabas en vela, adorando, la noche del 28 y comulgabas el 29. Hacia las ocho de la tarde entrabas en capilla, nunca mejor dicho, hasta las cinco de la mañana, que era la hora de la Adoración. Oías la primera misa, confesabas, comulgabas, te ibas a casa, dormías una horita, y luego al colegio. Un planazo.

Pero mis plegarias fueron atendidas y mis padres volvieron, aleluya, loado sea el nombre del Señor. Hice medio curso en los maristas y lo acabé en San Sebastián. Nos trasladamos a otro piso con derecho a cocina, que nos alquiló la familia Urbe. Adiós, tía Maricruz (bellísima persona, por cierto). Adiós, Pamplona; adiós, Navas.

El nuevo piso era un primero en el número 6 de la calle Hermanos Iturrino, hoy Arrasate, pasadas Urdaneta y San Martín, en el mismo centro. No fue el único cambio, porque mi madre, que ya te he dicho que era listísima, decidió que ya estaba bien de curas y de disciplinas y de estar entre algodones, metido en una cajita, o en una serie de cajitas. Hasta entonces, recapitulemos, había pasado yo por los hermanos de las Escuelas Cristianas, los escolapios y los maristas, así que me matriculé en el Instituto de Enseñanza Media Peñaflores, que era laico, bueno, todo lo laico que podía ser un colegio en aquella época, pero, lo más importante, mixto. Para que me espabilase un poco y me enterase de qué iba el mundo.

¿Chicos y chicas en una misma clase? No me lo podía creer.

Fue la noche y el día. Yo seguía con los rezos y las misas y las Adoraciones Nocturnas, ahora en los jesuitas de la calle Andía, porque esas cosas tampoco se cambian en un pispás. Pero empezaron a cambiar.

Un día de aquel primer verano en San Sebastián, muy pronto, acababa de confesar y vi en la Concha a una señorita en bikini. El primer bikini que veía en mi vida: un impacto de obús. De doble obús. No es que tuviera malos pensamientos, es que eran malísimos. Nada, a confesarme de nuevo.

«¿Cuánto tiempo hace que no te has confesado, hijo mío?».

«Pues esta misma mañana, padre».

«¿Y qué ha pasado, hijo?».

Le conté. De eso de trataba, ¿no? De confesar. Ése era el asunto.

Pues me puso a caer de un burro. El padre Alba, me acuerdo. Una mala bestia. Que si eres barro pecador, que si eres basura...

Tantas barbaridades me dijo que le interrumpí: «Hombre, padre, que no será para tanto».

De poco no me excomulga a grito pelado. Cavilé luego lo desmesurado del asunto y decidí que ya le podían ir dando morcilla al padre Alba y a las confesiones. Por suerte no volví a encontrarme con ninguno de aquellos curas cuando me hinchaba de perseguir señoritas en bikini en las películas.

El Peñaflorida me cambió la existencia. Allí empecé a hacerme hombre. A buscarme la vida, como dicen ahora.

Estaba por Correos, lo que ahora se llama Centro Cultural Koldo Michelena. Llegué, cuando faltaban unos pocos meses para las vacaciones de verano, de la mano de mi tío, que era bedel, y me presentó a mis nuevos compañeros de clase. Un grupo muy unido, porque venían juntos desde primero. Yo, callado. Observando. A los cuatro días me pusieron un mote. El Porras. Hombre, por la nariz, por qué va a ser. Carlitos Alonso Mendizábal, compañero de entonces y amigo íntimo de hoy, me soltó: «Menuda nariz tienes tú, ¿eh?... eres como el Porras». Y con lo del Porras me quedé. Cada vez que nos vemos me suelta lo mismo: «Acuérdate de que fui yo quien te puso lo del Porras, ¿eh?». Como si fuera la gran cosa.

«Que ya lo sé, hombre, que ya lo sé».

Aquel año me enamoré como un becerro. El primer amor. Elena Córdoba. Rubísima, una auténtica monada. De cine. Americana parecía. Su padre era médico. Vivían en la calle Prim. Estábamos en la misma clase, chicos y chicas divididos por un pasillo. Me agarré una tortícolis de aquí te espero mirando a Elenita. Fue un amor platónico a más no poder. A más no poder porque ella ni se enteró. Yo me hacía el enconradizo, me colocaba ante su casa para verla salir, o por si estaba en el balcón. Nunca estaba.

¿Que si reparó en mí? Absolutamente nada. Jamás me atreví a decirle ni una palabra. Bueno, a lo mejor le dije «adiós» o «hasta mañana», porque en aquella época yo era tímísimos. Fíjate si era tímido que no podía entrar en un cine si las luces estaban encendidas. Eso duró lo suyo. Diez o quince años más tarde, cuando tenía que promocionar las películas y subir al escenario para decir cualquier cosa, sentía el mismo pavor que entonces. Lo solventé actuando, claro: en vez de ser yo, Alfredico Landa, era un personaje el que subía y sonreía y vendía la moto.

En cuanto a la maravillosa Elena Córdoba, se fue a Barcelona poco después de irme yo a Madrid, y, lo que son las cosas, se casó, me dijeron, con un hombre de cine, el director catalán Pere Portabella. Y productor de *Los golfos* y *Viridiana*.

Para esas cosas era tímido como una violetita, pero jugando al fútbol era una bestia parda. Me desfogaba yo allí de mala manera. Genético debía de ser, porque mi tío materno, Serafín, había sido portero del Osasuna en los años treinta, y de mis trescientos veintisiete primos, otro Serafín fue defensa central del Atlético de Bilbao, y otro, Esteban Areta, jugó en el Valencia, y más hubo en el Barcelona, en el Sevilla, en el Valencia y en el Betis. Una constelación de primos que dio días de gloria o cuanto menos de empeño al fútbol español.

Yo nunca fui buen jugador, la verdad sea dicha. No tenía visión del juego. Era medio volante y me defendía. Me defendía machacando. Perico Ruiz Balerdi, otro de mis hermanos de sangre, dice que yo era «infatigable y correoso». Correoso en el sentido de duro. Jugué en el Indarra, un equipo que fundamos cuatro o cinco del Peñaflorida. Indarra quiere decir fuerza, en euskera.

No teníamos ni camisetas: nos apañamos con unas camisas azules de la OJE. Y luego participé en el Campeonato Euskalduna. Elías Querejeta aún recuerda las patadas que le daba en el viejo campo de Amara. Un campo lleno de pedruscos, que si te caías sangrabas por todos lados.

Elías jugaba en el equipo del Sagrado Corazón y nos enfrentamos en una liguita interescolar. Una tragedia griega fue aquello. Empezó el partido y ganábamos por dos cero. En el segundo tiempo, los cabrones de ellos nos empataron. Faltaban tres minutos para acabar y nos pitan un penalti.

Yo ahí vi que estábamos perdidos, porque lo iba a tirar Elías.

Sumido en la más honda desesperación, no se me ocurrió otra cosa que ponerme de rodillas y decirle: «No nos lo metas, Elías, por el amor de Dios, que nos hundes». Y para acabar de hundirme, añadí esta frase patética: «Acuérdate de que mi madre quiere mucho a la tuya, y yo a ti también».

Elías sonrió diabólicamente y nos coló el penalti como una bala, porque jugaba de maravilla. Siendo juvenil llegó a jugar de medio punta. Y en primera división, eh, con la Real Sociedad. Luego lo dejó, ya ves tú. Tenía un futuro enorme, pero un día dijo que ya estaba bien, que ser jugador profesional le parecía una cosa

aburridísima. Eso sí, lleva media vida cachondeándose de mí por aquel penalti. Cada verano me lo recuerda el jodido. Cachondearse es poco, es que se regodea. Bueno, no es para menos.

Gran tipo, Elías. Por si fuera poco, se ligó a Maiki Marín, que era una de las chicas más deslumbrantes de San Sebastián. Qué digo: la más guapa, sin discusión posible, por aclamación popular. Si llegan a hacer un referéndum lo gana de calle. Trabajaba en una tienda de regalos que se llamaba y se llama Pyc, o sea, Pajarón y Castellví. Cómo sería que muchos de nosotros nos apostáramos frente a la tienda sólo por verla salir, por verla caminar, por verla respirar.

Yo ni entraba, de guapa que era. Me daba tanto apuro que me limitaba a mirarla a través del escaparate, como a una santa en su peana.

También hay que decir una verdad fundamental, un clásico del mundo vasco. No sé ahora cómo estará el asunto, pero en aquella época no ligabas jamás. Costaba Dios y ayuda. Mucha ayuda. Llegaba el domingo y siempre había alguien que montaba un guateque. Sueña bien, ¿verdad? Nada, hombre. Cuatro discos, ponche malo y un bailecito con el codo de por medio, eso era un guateque. La otra posibilidad, igualmente catastrófica, era irnos a Hernani, al paseo de los Tilos.

Perico Ruiz Balerdi y yo íbamos a los Tilos para que nos dijeran que nones, que era lo que nos decían siempre.

Estaban todas allí sentadas, en las terrazas o en los bancos.

«Hola, buenas tardes. ¿Queréis bailar?».

Éramos muy finos entonces. Nos miraban de arriba abajo, con un desdén infinito, decían: «No», y seguían hablando de sus cosas. Yo creo que ellas iban al paseo para decir que no a todo quisque.

«Pues vamos a tomar un tinto, venga», decía Perico, que era un estoico.

Nos tomábamos el chiquito y volvíamos de nuevo a la carga, con idénticos resultados. Al tercer chiquito nos íbamos al cine.

El único triunfo en esa liga, y ya verás tú qué triunfo, lo tuve uno de aquellos domingos, volviendo en el tren a San Sebastián. El apeadero estaba desbordado de gente. Yo dejé una mano tonta y la mano fue a parar a una teta. Anidé en la teta. La chica, como es lógico, me miró y dijo: «Anda, ¿qué hace éste?».

PRIMER ACTO

A mí sólo se me ocurrió decir: «Pues ¿no ves?». Y eso fue todo. Los domingos por la noche nos reuníamos en el bar Iturrioz, que estaba frente a la catedral del Buen Pastor, y nos contábamos la jornada. Siempre lo mismo, claro. Pero aquella noche fui el rey. Lo conté con mucha intriga.

«... y bajamos al apeadero, y dejé una mano tonta... ¿y adónde fue a parar?».

Y todos, como cuervos: «¿Adónde, adónde?».

«Pues a una teta».

«¿Y no te pegó una hostia?».

«No, no».

«Joder, qué tío».

Subí yo muchos puntos después de aquello.